

POEMAS

por Arturo Aparicio Vázquez

POR LAS CALLES ESCUCHABA. . .

Por las calles escuchaba
increíbles historias
de
remotísimas seculares
mujeres
cuyos dedos
habían sangrado heridos
al contacto con la rosa

— tiempos en que la rosa misma
era la vital dimensión
del polvo encarnado en hombre—

y de cómo
séquitos enteros
de poetas arlequines cortesanos
se revolcaban trágicos
entre sangre/risas
mientras la rosa idolatrada
(la incomprensible manoseada
controvertida polémica rosa)
desnudaba y arrebatava
y entre cuento y cuento
entre trago y trago
diseñaba sueños diligentes
cuya inmensidad ancestral
me llenaba el estómago
de días largos
noches cortas
frecuentes resurrecciones

inventé una rosa lánguida
una exigua realidad

—una pálida flor que cubrió
mi cristal del universo
y lo tiñó mamóreo—

y una noche desperté
con la sorpresa
de una flor metamorfoseada
en tu propia imagen

BAKUNIN, VIEJO TOPO

De espíritu delicado
cazadores
de bellezas sepulcrales
visitadores de museos

chillaron
el día que los muros
les salieron al paso

y les hablaron
de sangre
de vómitos
de arenas calientes

y entonces
el vino
se abalanzó
sobre ellos
y las mujeres
les gritaron
a los tímpanos
y alimañas
sedientas de vísceras
les arrancaron
grandes
trozos de sudor

y después
sus ojos
enrojecieron
y sus bocas
eruptaron vidas enteras
hasta
que un día
la tierra
los sacudió
y ahogó
sus voces
bajo
una estampida
de aguas
y colores

ACAECER DEL DIA.

Dos insólitas columnas de humo
se desprenden de mis manos

dos aromas espesos
distintos
agudos

dos espasmos nocturnos
violentos
tercos
(y sin razón aparente
la luz entra por la ventana)

acaece el día

arde el incienso
entre mis dedos

y me arrodillo

y te rindo mi mejor tributo
en la soledad de este cuarto